

mujer de porte majestuoso ataviada con una larga túnica de plata. Hyerónimus le habló profusamente. Pronunció palabras como vuelos de palomas, quiso ofrendar su nombre completo, en un brindis final. Mientras le hablaba, César no dejaba ni por un momento de mecer con sus manos cansadas aquel poco de aire. La mujer se deslizaba, escapándose. Hyerónimus, sin embargo, veía sus ojos de cristal apesado, el pecho poderosamente cubierto de pedrería, los dedos de laceradas magnolias.

El emperador comprendió de inmediato que ése era el sentido final de sus investigaciones, la imagen palpitando en sí misma, atravesada por el tiempo y sus disponibilidades: inmaculada, separada del mundo, solo el color y la forma latiendo en estado puro.

Desde aquel instante, Hyerónimus se pasaba las horas en el museo, esperando a la emperatriz de los cristales, que por fin accedería a acompañarlo cuando la luz cayera sobre todas las cúpulas. El hombre retornó entonces a su amor herido de sombras refractadas, en una ansiedad donde se ayuntaban las perlas y la sangre.

Hyerónimus iba a esperarla siempre. Abandonado a todo, atendía solo los clamores de la noche, para dejarse arrastrar hasta las puertas del museo.

Un día los guardianes empezaron a molestarlo, a decirle cosas al oído, a hacerle preguntas comprometedoras. Pero Hyerónimus no escuchaba ni atendía. Seguía merodeando los rincones, estremecido por el correr de las horas que lo separaban de la noche. Y esa premura, esa excitación saltaba vallas concéntricas, hasta llegar a las mismas paredes del museo.

Un día, amablemente, lo invitaron a que se retirara. Enloquecido, Hyerónimus decidió entrar pasada la medianoche. Ese sería el momento. A solas en el recinto pronunciaría su nombre tímidamente, lo ensancharía, le agregaría calificativos desusados, entonaciones arcaicas. La emperatriz vendría con su diadema de cristales y su vocécita serena y lastimada. Llegaría por el mismo aire, para desenterrar las sombras.

Un viernes de otoño se fue agolpando la gente frente al mosaico de la emperatriz Teodora. La sombra de un menguado caballero, le cubría los hombros y la espalda.

EL COLETAZO

GABRIEL JIMENEZ EMAN

Un hombre va al mercado a buscar un pescado. El pescadero se lo da, el hombre se lo agradece y se va. El pescadero lo llama, exigiéndole el pago. El hombre le dice que no tiene dinero, y el pescadero le dice que cómo va a llevarse un pescado sin pagar. El hombre lo mira, lo mira fijamente con una mirada descansada, que no exige siquiera comprensión a su necesidad. El pescadero también lo mira y parece reconocer en ese hombre algo de lo que él fue años atrás, que ha pasado por situaciones muy semejantes a las de él antes de establecer su negocio de pescadería y le dice, amigo, puede usted llevarse el pescado. En ese momento el pescado da un coletazo en la bolsa y los dos hombres se sorprenden. Cómo puede suceder ésto, si ese pescado ha permanecido dos días en el refrigerador. ¿Entonces me ha dado usted un pescado viejo, que puede hacerme daño? Amigo, aún se lo estoy dando y le busca defectos. Eso no tiene nada que ver, yo vine aquí a llevarme un pescado y lo hubiera hecho aún cuando usted no me lo hubiese dado, aunque hubiese usted llamado a la policía y todo eso. Pero ya no tiene que preocuparse, el pescado ha dado un coletazo y eso quiere decir que está bien fresco. Señor, no me importa ya si se lo dí o no, lo que me asombra es el comportamiento del pescado. El hombre le vuelve a responder lo mismo, el pescadero lo mismo, y así siguen hasta que la situación llega a un punto límite, que debe resolverse de otro modo, con un grito del hombre al pescadero, un grito fuerte, un insulto. El pescadero responde con una grosería, que genera la mutua decisión de los golpes.

En ese momento llega un policía y pregunta qué ocurre, y los dos hombres se desconciertan. Ninguno de los dos sabe explicarle la situación al policía. Sólo al hombre que lleva el pescado se le ocurre decir mire, es por este pescado que está dando coletazos en esta bolsa. El policía mira dentro de la bolsa y dice, mire, éste pescado no está dando coletazos. Pero si hace unos momentos los estaba dando, responde el pescadero. Sí, es verdad, yo también lo vi, dice el hombre.

que lo lleva. No sean estúpidos, dice el agente, nadie puede pelearse porque un pescado esté o no dando coletazos en una bolsa. Es verdad, señor, dice el pescadero, éste hombre y yo somos viejos amigos, y hemos discutido por una tontería. Bien, entonces déjense de armar escándalo. El hombre del pescado se aleja, el policía se marcha sonriendo y el pescadero sigue arreglando sus pescados y atendiendo a otros clientes. El hombre que había ido al mercado llega a su casa, saca el pescado de la bolsa, y antes de freirlo para comerlo ve que el pescado está quieto, muy quieto, y que apenas ha movido el ojo antes de ser puesto en la sartén.

EL HOMBRE DE LOS PIES PERDIDOS

Un día un par de pies se habían perdido a su dueño entraron a un bar a tomar cerveza.

—Disculpen —dijo el portero— Aquí no puede entrarse sin zapatos.

—Ah, es verdad —dijeron los pies, y se regresaron a una zapatería. Ahí fueron muy bien atendidos: encontraron unos zapatos que les calzaron de maravilla. Entonces se dirigieron nuevamente al bar, y el portero se alegró mucho de que los pies estuviesen ahora protegidos y elegantes.

El hombre que había perdido sus pies estaba muy incómodo, pues los necesitaba para ir a tomar cerveza; era mediodía y hacía un calor terrible.

El hombre se las arregló para llegar hasta un taxi, y pedirle lo llevara hasta donde quería ir. Al llegar a la puerta del bar, el portero le dijo:

—Disculpe, señor —no se puede entrar sin pies.

—No puede hacerme esto —dijo el hombre—. Es muy difícil encontrar unos pies a esta hora.

—No lo es —respondió el empleado—. Hace poco entraron unos aquí.

—¡No me diga! —exclamó el hombre que había perdido sus pies.

—Entonces deben ser los míos. Solemos tomar cerveza a esta misma hora. Déjeme entrar.

—No puedo —replicó el portero. —Mejor se los llamo. Espere aquí.

El portero se alejó a buscarlos, y el hombre pensó que era una gran suerte haber coincido en aquel bar. Cuando el portero y los pies

encontraron, el hombre no pudo reconocerlos, pues traían puestos unos hermosos zapatos.

—Qué desea —preguntaron los zapatos.

—Quiero saber si esos son mis pies —respondió el hombre. Los necesitaba para entrar al bar.

Entonces los zapatos comenzaron a desamarrar sus trenzas.

Al instante los pies estuvieron descubiertos, y con gran sorpresa el hombre vio que no eran los suyos. Los pies volvieron a calzar sus zapatos y, muy contentos de no pertenecer a nadie, regresaron al bar.

El hombre aún no ha podido tomarse esa cerveza.